

SERMÓN SEIS - EL SÁBADO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

«Y les dijo: El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo; por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo» (Marcos 2:27,28).

El Sábado no pertenece meramente a una dispensación, sino a todas. No es peculiar de la era Edénica, o antediluviana, o patriarcal, o mosaica, o cristiana. No pertenece a los hombres como judíos o gentiles, como pecadores o como santos. No pertenece, exclusivamente, ni a la inocencia del hombre, ni a su estado de culpa; no, ni siquiera al período de su recuperación final. Abarca todo el tiempo; abraza a todas las razas de la humanidad. Comienza con el primer hombre; vive con el hombre después de que este se vuelve inmortal. Conmemora la creación de los cielos y la tierra, y por lo tanto, perdurará mientras los cielos y la tierra permanezcan.

Fue hecho para el hombre. Hubo, por lo tanto, un tiempo en que fue hecho, y ciertos actos por los cuales fue establecido. También hubo Uno que hizo el Sábado. Fue el mismo que también hizo el cielo y la tierra. Así como el acto de la creación marcó el comienzo de la primera semana, así también la institución del Sábado *convenientemente* puso fin a esa semana. Tres actos intervinieron en el establecimiento divino de la institución sabática: 1. Él descansó el séptimo día. 2. Él bendijo el día. 3. Él lo santificó. Estos dos últimos actos se realizaron porque Él había descansado en él. Nadie disputa que el reposo del Creador fue el día posterior a los seis días de la creación. Él descansó el séptimo día. Que no aplazó la bendición y la santificación del séptimo día hasta la época de Moisés, se demuestra: 1. Porque esto hace violencia al relato en (Génesis 2:1-3). 2. Porque no hay el menor rastro de tal obra por parte del Señor en (Éxodo 16); pues todo en ese capítulo indica que el Sábado era una institución que había existido desde un tiempo anterior. 3. Pero lo que es aún más definitivo para fijar el momento de esta bendición y santificación del séptimo día es este hecho decisivo: Dios hizo

esto al séptimo día porque *había descansado en él*. La razón existía cuando el reposo del Creador fue completo. Y nada puede ser más cierto que Dios actúa sin demora siempre que existe la razón para su acción. Habiendo Dios usado el séptimo día para el reposo, el hombre nunca debe usarlo para el trabajo. Por lo tanto, tan pronto como Dios hubo descansado, Él apartó el día para que el hombre hiciera lo mismo. El reposo de Dios fue para sentar las bases de una institución divina. El reposo del hombre fue para conmemorar el de Dios. El reposo de Dios fue del trabajo de la creación. El reposo del hombre es una conmemoración agradecida de la obra del Creador.

Una vez sentada la base del Sábado por el acto de Dios de descansar el séptimo día, dos actos adicionales fueron necesarios por su parte para darle forma completa. Era necesario poner su bendición sobre el día, para que todos los que lo usaran como Él les mandara, pudieran compartir esa bendición. Y finalmente, era necesario dar un precepto concerniente al día. Dios había descansado en el día; por esa razón, había puesto su bendición sobre él. Ahora debía mandar al hombre que usara este día solo para propósitos sagrados, para que conmemorara el gran reposo del Creador. Y así el registro nos dice que Dios santificó el día de su reposo, es decir, lo apartó, o lo designó, para un uso santo. Y así tenemos el Sábado hecho por el reposo y la bendición de Dios, y apartado por el nombramiento de Dios. Su observancia era, por lo tanto, *ciertamente* obligatoria para el primer Adán en el jardín de Dios.

Y este hecho se hace muy evidente por el texto al comienzo de este discurso. En el griego original, el artículo definido se usa cada vez en conexión con el sustantivo, hombre. Así leemos: «El Sábado fue hecho para *el* hombre [Adán], y no *el* hombre [Adán] para el Sábado; por lo tanto, el Hijo de *el* hombre [Adán] es Señor también del Sábado». Aquí los dos Adanes son puestos en una relación muy estrecha. El Sábado, habiendo sido dado al primer Adán en Edén cuando era la cabeza de la familia humana, no formó parte de ningún código típico o ceremonial, sino que constituyó una parte de ese arreglo de perfección existente que no necesitaba cambios y no contemplaba ninguno.

El segundo Adán es el Señor del Sábado. Y bien puede serlo; porque en su naturaleza divina, como Hijo de Dios, Él estaba con el Padre cuando el Sábado fue hecho. Ciertamente, Dios, el Padre, hizo los mundos por medio de Él. (Juan 1:1,2); (Efesios 3:9); (Colosenses 1:16); (Hebreos 1:2). Nuestro divino Redentor estaba, por lo tanto, directamente implicado en la institución del Sábado del Edén. Y habiendo el primer Adán perdido su lugar como cabeza de la familia humana, el segundo Adán es ordenado por Dios para ocuparlo. Así, Él es tanto el observador como el Señor del Sábado. Estuvo implicado, como Hijo de Dios, en su institución; y está implicado, como Hijo del Hombre, en su perfecta observancia. Hemos visto en un discurso anterior que la ley de Dios se aplica a cada Adán. Aquí vemos lo mismo en el caso del Sábado. Comenzó con el primer Adán y perdurará mientras dure el reinado del segundo Adán. Pero la existencia del Sábado en el futuro reino de Dios se notará con mayor particularidad en la conclusión de este discurso.

La caída del maná es un evento notable en la historia del Sábado. Atestigua el hecho de que el Sábado no es un día indefinido, sino un día *definido*. Es un testimonio providencial del hecho de que el conocimiento del verdadero séptimo día se había preservado; pues no podía haber confusión, cuando el maná tan claramente declaraba la verdad en el caso, de que un *cierto* día era el Sábado, y los otros seis días no lo eran. Y debe observarse que el pueblo tenía el cálculo correcto de la semana; pues por su propia voluntad, sin que se les diera ninguna dirección para hacerlo, hasta después de que ellos mismos actuaron, recogieron una doble porción el sexto día en anticipación del Sábado. (Éxodo 16).

Cuando, por lo tanto, al mes siguiente llegaron al Monte Sinaí, y, después de una solemne preparación, oyeron la voz de Dios en la proclamación de los diez mandamientos, estaban bien preparados para apreciar las palabras del cuarto precepto. Como el mandamiento recitaba los eventos de la semana de la creación, y les ordenaba observar, de manera sagrada, el séptimo día debido a lo que Dios hizo con ese día al final de la obra de la creación, pudieron entender sin ninguna duda qué día de los siete era ese. Tres milagros en el caso del maná atestiguaron cada semana, durante el espacio de cuarenta años, la sacralidad del Sábado, y

señalaron definitivamente el día que debían honrar en obediencia al mandamiento de Dios. Estos fueron: 1. Una doble porción el sexto día. 2. Ninguna el séptimo. 3. La preservación, durante el Sábado, de lo recogido el sexto día.

Poco después de que los diez mandamientos hubieran sido tan solemnemente proclamados desde el Sinaí por la voz del Legislador, Él llamó a Moisés al monte para recibir su ley escrita en diez mandamientos sobre dos tablas de piedra. (Éxodo 24:12). Dios primero dio a Moisés el plan del santuario y el arca, y luego, al cabo de cuarenta días, le dio las tablas de piedra para que fueran colocadas en el arca, y esta para ser guardada en el lugar santísimo del santuario. (Éxodo 25-31). Cuando Moisés descendió del monte, he aquí que el pueblo se había hecho un becerro de oro y lo estaba adorando. Entonces Moisés, en su angustia, rompió las tablas, actuando en esto, al parecer, bajo un impulso divino. (Éxodo 32). Luego Moisés hizo matar a los principales idólatras, y después pidió a Dios que perdonara el pecado del resto. Y Dios ordenó a Moisés que labrara un segundo juego de tablas, y las llevara al monte, y Él escribiría de nuevo para el pueblo las palabras de su ley. Y al final del segundo período de cuarenta días, Moisés recibió de nuevo del Señor las tablas de piedra, con una segunda copia de su ley escrita en ellas. (Deuteronomio 9,10). Así, el Sábado del Señor comparte, con los otros preceptos de la ley de Dios, el gran honor de haber sido una vez proclamado públicamente por la voz de Dios; y dos veces escrito sobre tablas de piedra por el dedo del Legislador. Tiene, además, un honor singular al que los otros preceptos no pueden aspirar; a saber, el hecho de que está fundado en el ejemplo del Todopoderoso mismo.

La ley, así entregada a Moisés y por él traída del monte, fue, por mandato de Dios, colocada debajo del propiciatorio en el arca del testimonio de Dios. (Éxodo 40:20); (Deuteronomio 10:5).

Toda la obra de expiación y ofrenda por el pecado en el santuario terrenal se relacionaba con esta ley de Dios; y el Sábado del Señor constituía una décima parte de esa ley. (Levítico 16).

Durante el período de cuarenta años de estancia en el desierto, los hijos de Israel violaron muy generalmente el Sábado. Ezequiel nos ha dado mucha información sobre este punto. Incluso parece que mientras Moisés estuvo en el monte durante los primeros cuarenta días, Israel *entonces* contaminó grandemente el Sábado. Fue uno de los pecados por los que estuvieron tan cerca de ser excluidos de la tierra prometida en ese momento. (Ezequiel 20:9-13). Pero Dios les dio una segunda prueba, o más bien prolongó su prueba existente, pero fue, a pesar de todo, un fracaso. Así que alzó su mano en el desierto y juró solemnemente que no entrarían en la tierra. Véase (Números 14:28,29); (Ezequiel 20:15). Y aquí está la razón de este juramento, como lo declara Ezequiel en el siguiente versículo: «Por cuanto menospreciaron mis juicios, y no anduvieron en mis estatutos, sino que profanaron mis días de reposo; porque tras sus ídolos iba su corazón» (Ezequiel 20:16). Cuando, por lo tanto, Pablo escribió al pueblo hebreo, los descendientes de estas mismas personas que así no lograron entrar en la tierra prometida debido a su violación de la ley de Dios en general, y del Sábado en particular, cuán significativa debió haber sido para ellos su solemne exhortación en (Hebreos 4:11): «Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia». Su incredulidad se mostró en actos de desobediencia directa y positiva a los mandamientos de Dios, y de manera especial a su Sábado. Contra su mal ejemplo, Pablo nos advierte solemnemente.

Incluso después de la exclusión de todos los adultos de la entrada a la tierra de Canaán, los mismos actos de desobediencia fueron realizados por los hijos. Dios les suplicó que no actuaran como sus padres, sino que anduvieran en sus estatutos, guardaran sus juicios y santificaran sus Sábados. Y esto, *por extraño que parezca*, se negaron a obedecer. No tuvieron en cuenta su ley, ni guardaron sus juicios, sino que contaminaron sus Sábados, hasta que Dios meditó su derrocamiento en el desierto, como el derrocamiento de sus padres. En lugar de esto, levantó su mano hacia ellos en el desierto, jurando que, incluso después de su entrada en la tierra prometida, los dispersaría entre las naciones y los esparciría por los países, porque no habían ejecutado sus juicios, sino que habían

despreciado sus estatutos y contaminado sus Sábados. (Ezequiel 20:18-24). Así, el pueblo hebreo sentó las bases de su futura ruina al violar los mandamientos de Dios en el desierto y, particularmente, al violar el Sábado del Señor.

Fue al cabo de cuarenta años de esa rebelión y quebrantamiento del Sábado que Moisés, en el libro de Deuteronomio, hace su apelación final en favor del Sábado. «Acuérdate —dice— que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te sacó de allí con mano poderosa y brazo extendido; por lo cual Jehová tu Dios te ha mandado que guardes el día de reposo» (Deuteronomio 5:15). En un discurso anterior se llamó la atención particular sobre este pasaje. Sin duda, había la más estricta propiedad en aludir a su esclavitud egipcia y su liberación de ella, ya que no es en absoluto probable que ellos, como pueblo, pudieran de alguna manera adecuada guardar el Sábado del Señor en Egipto. Pero una comparación de este texto con (Deuteronomio 24:17,18) muestra, más allá de toda disputa, que esta referencia a la esclavitud egipcia no está diseñada para enseñar que el Sábado es un memorial de su liberación de ella, sino que es una apelación a su sentido de gratitud, y una que, además, *parecería* suficiente para conmover corazones muy duros.

Después de esta apelación en favor del Sábado, no aparece mención de la sagrada institución en las Escrituras hasta que llegamos a la época de David. (1 Crónicas 9:32). Así transcurren unos quinientos años en los que no se hace mención del día de reposo del Señor. Seis libros de la Biblia en sucesión, que nos dan la historia de este tiempo, guardan un silencio total en lo que respecta a la mención directa del Sábado. Nadie argumenta a partir de esto que el Sábado no fue observado durante este período; sin embargo, muchas personas, teniendo ante sí el hecho, claramente registrado en (Génesis 2:1-3), de que Dios estableció el Sábado en el Paraíso, *sostendrán fervientemente* que, dado que ese libro no hace más mención directa de esa institución, ¡fue, por lo tanto, totalmente ignorado desde Adán hasta Moisés!

Uno de los Salmos fue escrito para el día de reposo, como su título en hebreo atestigua claramente. En los versículos 4 y 5, llama la atención sobre las obras de Dios como el tema apropiado para la meditación en el Sábado. El día sagrado está

diseñado para conmemorar la mayor de todas ellas, la creación de los cielos y la tierra. Véase (Salmos 111:2,4).

Isaías habla de los sábados anuales (de los cuales, según (Levítico 23), había siete) y las lunas nuevas, como cosas que no eran agradables a Dios en su observancia, especialmente a causa de sus pecados. Véase (Isaías 1:10-14). Pero habla del santo día de reposo de Dios en términos de fuerte exhortación y súplica *fervente*. Si el pueblo de Dios en su dispersión lo observara, serían reunidos en su monte santo. Si los gentiles también lo observaran, se unirían a su pueblo en la recepción de su bendición. (Isaías 56). Y hace la promesa adicional en favor de los reformadores del Sábado, que si aquellos que ahora están pisoteando el Sábado bajo sus pies, *apartaren* su pie del Sábado, y lo llames *delicia, santo, glorioso* de Jehová, y lo honraren así, Él los honrará con un lugar en su reino inmortal. (Isaías 58:13,14).

Cuando Jerusalén fue amenazada con la destrucción por Nabucodonosor, el Señor envió a ese pueblo, por medio de Jeremías, una oferta para preservar su ciudad de su poder, si ellos santificaban el día de reposo. Incluso prometió que la ciudad permanecería para siempre, bajo la condición, sin embargo, de que no violaran su Sábado. (Jeremías 17:19-27). Pero no hicieron caso a esta oferta *bondadosa* del Dios del Cielo. Ezequiel nos informa que profanaron el Sábado del Señor y escondieron sus ojos de él. (Ezequiel 22:8,26). Y además nos informa cómo contaminaron su santuario y profanaron su Sábado; pues degollaron a sus hijos en sacrificio a sus ídolos en ese día, y luego entraron en el santuario para profanarlo. (Ezequiel 23:38,39). Así fue como trataron el Sábado en respuesta a la oferta *bondadosa* que se les hizo por medio de Jeremías. Y así la ira cayó sobre ellos hasta el extremo en la destrucción de su ciudad y la ruina de su nación.

Después del cautiverio babilónico, cuando un remanente había regresado a su propia tierra, Nehemías los encontró nuevamente violando el Sábado. Les recordó que la violación del Sábado había sido la causa de su ruina, y les suplicó *fervientemente* que desistieran de esta gran transgresión. Con esta solemne apelación de Nehemías termina la historia del Sábado en el Antiguo Testamento. (Nehemías 13:18).

El profeta Isaías nos ha dado una visión gloriosa del futuro reino de Dios. Cuando el segundo Adán, con la familia de los redimidos, posea la nueva tierra, entonces los santos inmortales se reunirán de toda la faz de la tierra, en cada Sábado sucesivo, para adorar ante el Señor de los ejércitos. (Isaías 66:22,23). Y Pablo nos habla de este reposo final de los redimidos, de que queda un *Sabbatismos*, es decir, como dice el margen, «un reposo sabático», para el pueblo de Dios. (Hebreos 4:9). El Sábado fue hecho para el hombre en el Edén. Ha sobrevivido al *terrible* diluvio de pecado que casi ha ahogado la piedad y la verdad en la tierra. Existe hoy como objeto de promesa y de profecía. Se mantiene firme como los pilares del Cielo, y está establecido en la autoridad inmutable de la ley inalterable de Dios. Y cuando se ponga fin al pecado, y solo queden seres santos para poseer la herencia inmortal, el Sábado hecho para el hombre seguirá existiendo, y

«Toda carne lo guardará con un solo corazón».